

Sangonera la Verde: un patrimonio por descubrir

MEMORIAS DE EL PALMERAL

TALLER DE HISTORIA DE SANGONERA LA VERDE. Curso 2025/2026



Introducción

El barrio de El Palmeral, en Sangonera la Verde, no es solo una agrupación de viviendas a las faldas de la sierra; es un ejemplo de adaptación humana al territorio. Situado estratégicamente donde la rambla del Pocico se encuentra con la Vereda, alargándose camino abajo por la ruta que conduce al llano, la historia de esfuerzo y superación de sus habitantes constituye también una crónica de la identidad comunitaria que pervive en sus esencias.

Gracias a los recuerdos y documentos aportados en las sesiones del taller de patrimonio del Centro Cultural, tanto por el grupo de participantes habituales, pero sobre todo por Manolo Bastida “el Fontanero”, José Alba “el Chao”, José Fernández “el Chico”, Angelines Cánovas, Conchi Mármol, Pablo Jiménez, Petri Alcázar y otros compañeros e invitados, custodios todos ellos de la memoria local, hoy podemos reconstruir buena parte del puzle de un pasado que se resiste a ser olvidado.

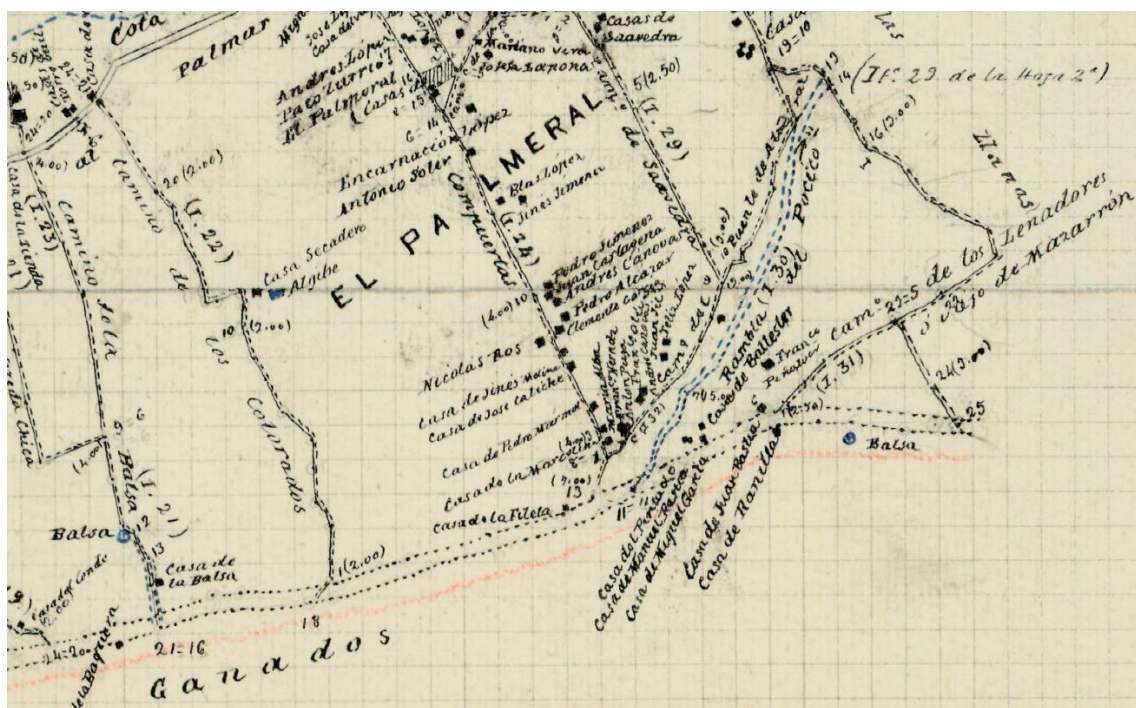
Además, el 29 de abril y coincidiendo con las celebraciones de la Cruz de este año, quisimos enriquecer la tarea investigadora y darle visibilidad, realizando una sesión abierta fuera del aula. Tuvo lugar en el barrio, dentro de la propia ermita, posibilitando que más personas incorporaran su vivencia y su mirada. Fue una tarde para compartir y reconocer, para descubrir otros relatos, trabajando como se debe hacer en un taller de estas características: sobre el lugar preciso y cotidiano donde han transcurrido los acontecimientos que constituyen nuestro objeto de estudio.

Allí donde rambla y vereda se dan la mano, se vivía sobre y bajo la tierra

Observando la geografía como escenario de partida, se constata que la fisonomía de El Palmeral está dictada por varios elementos. Uno natural: la rambla, cauce natural que desciende de la sierra, cuyo lecho ha visto discurrir el agua y muchas historias de vida. Otro, la vía pecuaria; curiosamente la llamamos vereda, pero es en realidad un cordel, el de los Valencianos, que conecta la serranía de Cuenca con la zona levantina pasando por las faldas de Carrascoy. Con sus 45 varas castellanas (37,5 metros de anchura), este espacio de dominio público no solo ha servido para el tránsito de ganado desde época medieval, sino que marcaba el límite entre lo salvaje y lo poblado, otorgando al barrio ese carácter fronterizo que aún conserva. El tercer elemento es un camino, el de las Compuertas, que desciende rectilíneo para unir la vereda con el río, bordeando la histórica finca de Los Labradores; un eje antiguo, hoy avenida, sobre el que se fueron arracimando las primeras casas.

Con todo, los espacios que inicialmente se habitaron en El Palmeral no estaban precisamente sobre el terreno, sino debajo de él, pues fueron las cuevas excavadas siglos atrás en los márgenes de la rambla. Se trataba en origen de refugios temporales para aquellos pastores trashumantes que recorrían la vereda, horadados en una servidumbre que era de todos y de nadie. Pero ocurrió con aquellas cuevas lo que en tantos otros lugares: que, con el tiempo, se adoptaron como viviendas permanentes por familias humildes.

En 1888 ya se registraban una veintena de casas en El Palmeral, pero la verdadera esencia del barrio siguió residiendo en aquella dualidad que se mantuvo latente bajo y sobre la tierra hasta el último tercio del siglo XX. Para 1930, el censo reflejaba la convivencia de las primeras construcciones de planta baja con las llamadas Cuevas del Pocico, donde por entonces habitaban un centenar y medio largo de personas.



Cartografía de El Palmeral en 1898 (Fuente: CNIG).

Vivir en una cueva no era solo una necesidad, era arquitectura de supervivencia. En el margen izquierdo de la rambla se imbricaban los hogares de familias como la de Pepe “el Baba”, José y Juana “los Cuquiles”, Ginés y Anica “los Raspillas”, Antonio y Josefa “los Vitonios”, Luis y Maruja “los Sotos”, el Tío Cisquines, la Tía Fuensanta, Antón “Corros”, el Tío Tangas y Ramonilla, o Antonia “la Chiche”. Y en el margen derecho, la de María Esparza, la de “la Bebe” y “el Rojín”, la de la Tía Pona o la de José “el Trabuco” y la Tía Ascensión. Estas viviendas subterráneas seguían un esquema espacial propio: una gran sala de entrada con la chimenea lista para cocinar, siempre rodeada de alacenas y repisas ganadas a la roca; de esa estancia partían varias galerías y habitaciones concatenadas que se internaban hasta los seis o siete metros de profundidad, separadas por cortinas que sustituían a las puertas de madera; y todo bien encalado, con una blancura que supuraba hasta el acceso mismo de la cueva, delimitando con sencillez y pulcritud cada una de las piezas que componían aquel mosaico de oquedades asomadas a la rambla.

En los aledaños de cada puerta se instalaban corrales, aprovechando pequeñas hondonadas que se cercaban para echar dentro conejos y gallinas. Era la base de un sustento alimenticio del que también formaban parte las hierbas que daba el entorno, unas cocinadas como el mejor de los manjares y otras utilizadas como remedio casero con el que paliar cualquier dolencia. Y proliferaban higueras y paleras, cuando los higos no eran solo comida, sino moneda de cambio; se “encofinaban” con mimo y su apertura era motivo de fiesta, siempre que los zagales de la casa no hubieran hecho ya algún agujero disimulado en el esparto por el que sacarlos y calmar el hambre de la tarde.

El hambre. Esa palabra ha salido con frecuencia en nuestras sesiones, invocada como una realidad trágica inherente a las vicisitudes de nuestros mayores y que debieron enfrentar con mucho coraje; pero también ha trascendido dulcificada en chascarrillos e incluso en estrofas del cancionero popular que aquí versionaban diciendo: *“En Corvera nació el hambre, por Los Brianes pasó, hizo noche en Los Arejos y a Sangonera llegó”*.

La Pizorra, el ingenio del agua

En El Palmeral, el agua se buscaba y se protegía. El sistema de *qanat* de la rambla del Pocico es una obra de ingeniería tradicional impresionante que también hemos estudiado en el taller. Se trata de un minado de 2.500 metros de longitud, con sus respectivas lumbreras, utilizado desde tiempo inmemorial para extraer el agua que duerme en el corazón de la montaña. Era el que alimentaba La Pizorra, lavadero y abrevadero de recurrente recuerdo entre el vecindario de toda Sangonera. Su nombre recoge ese eco de la sierra de Albarracín que los pastores trajeron consigo por la vereda, pues es como llaman por allí a la corteza que se desprende de los pinos y que seguramente verían aquí arrastrada por el cauce.

Cierto es que el agua de aquel pilón no resultaba muy buena para beber y, de forma directa, se utilizaba más bien para el riego, el ganado y la limpieza doméstica. Para el consumo humano convenía dejarla reposar un buen tiempo en las tinajas que había en todas las casas, o abastecerse de los aljibes que también existían en la zona. El mantenimiento de estas cisternas, tan frecuentes y esenciales en un enclave como el nuestro, era una responsabilidad colectiva: cuando se barruntaba lluvia, el grito de *“¡a barrer el camino!”* movilizaba a todos para despejar los cauces y asegurar que la escorrentía llegara impoluta hasta cada depósito de almacenaje.

Oficios de sierra

La economía estaba ligada a lo que la tierra ofrecía y en este barrio, como era de suponer por su aire montaraz, lo que más proliferaba era el oficio de leñador y el de cantero. Especial mención merecen las minas de yeso, que implicaban un proceso artesanal de extracción del mineral y de cocción in situ, en hornos contruidos al pie mismo de la veta, para que las piedras perdieran peso y fueran más fáciles de transportar pendiente abajo antes de ser molidas. Y en cuanto a las canteras de piedra de nuestro entorno, como las de Mayayo, muchas veces hemos destacado que de ellas salieran los sillares calizos que dieron forma a monumentos tan insignes como el Puente Viejo o el imafrente de la Catedral de Murcia, vinculando el humilde trabajo de los picapedreros sangonereños con la grandeza de la capital.

Los leñadores, por su parte, lo que recogían era madera y matorrales que luego vendían en gavillas por los alrededores para encender los fuegos de las cocinas, los braseros que calentaban los hogares o los vientres de los hornos morunos. Casi siempre se adentraban en el monte de madrugada y de manera furtiva, pues lo hacían en los dominios de Torreguil y de otras fincas privadas cuyos lindes abrazan la serranía. Debían ocultar su actividad a la vigilancia que ejercían los guardas y hoy sabemos cómo se las ingeniaban para no dejar rastro; por ejemplo, borrando con las manos sus propias huellas impresas en los caminos, o atando ramas a las patas traseras de los burros para que fueran barriendo las de sus pezuñas.

Pero no todo era trabajo y el espíritu social del barrio se alimentaba en los ventorrillos. Eran lugares de encuentro, de intercambio de noticias, el sitio donde echar una partida y, no pocas veces, también un baile, dejándose arrastrar por la jarana. Mientras que Andrés Cánovas “el Chota”, Pepe “el Marchena”, Pedro Bastida “el Pierres” y Bartolo Merino tenían sus negocios en la actual avenida, la Tía Sota regentaba el ventorrillo más carismático: el único situado dentro de una cueva. Allí, al son de la música de Pedro Guirao “el Perralla”, con las malagueñas que se marcaba Fernando “el Tangos” o las jotas de Josefa “la Vitonia”, se olvidaban las fatigas del día entre platos de *torraos* y chatos de vino. “El Pierres” fue, por cierto, uno de los primeros troveros de los que se tiene constancia en Sangonera, maestro y referente de otros repentistas que ha dado la tierra. Y, en realidad, podríamos decir que es en El Palmeral donde tiene su raíz buena parte de ese folclore hondo y ancestral del que hoy presume la pedanía.

Almas del barrio

Como vemos, detrás de cada cueva y cada casa hay nombres propios. Y la historia de El Palmeral es, ante todo, la historia de sus gentes. Entre los personajes que más han aflorado en las narraciones recogidas está Gonzalo Pérez González, el maestro por excelencia del barrio. Llegado de Valladolid en 1935, se mantuvo al frente la escuela mixta de El Palmeral hasta 1963. Ubicada en la casa de la Tía Molina, fue un motor de alfabetización de la zona por la que después pasaron don Francisco Carreras Torralba (1963-1967) y doña Esperanza Valencia Quijada (1967-1972). Pero el impacto de don Gonzalo fue tal que incluso alumnos destacados, como Ginés “de la Farmacia”, terminaron ejerciendo como sus ayudantes. La escuela cerró con la llegada del colegio comarcal, pero dejó tras de sí varias generaciones de vecinos que todavía hoy recuerdan aquel callejón entre la vivienda y el huerto donde se forjó su futuro.



Don Gonzalo y sus alumnos en la escuela de El Palmeral

Antonio Sánchez Gil, el Tío Antón “Corros”, fue otro vecino memorable. De oficio leñador, su vida estuvo ligada a una de las cuevas que duermen justo debajo la ermita actual. Al abandonarla, como tantos otros, hundió su entrada como queriendo dar honrosa sepultura a un tiempo que dejaba atrás para siempre; también por evitar que se colara por allí cualquiera y sufriera alguna desgracia. Pero rememora su nieto que el destino le tenía guardada una sorpresa que había quedado allí olvidada, durante décadas, hasta el momento mismo del derribo: tras el falso tabique que en su día levantó en la misma repisa donde solía dejar la cántara, halló la botella llena de billetes "de Negrín" que en su juventud había ido ahorrando para comprarse una casa. El nuevo régimen convirtió en papel mojado el dinero republicano, pero él, por si acaso, lo había guardado a la espera de un nuevo cambio que ya no se produjo. Antón era también un romántico; como no había direcciones oficiales, las cartas que enviaba a su novia Juana desde la distancia llegaban gracias a un pequeño dibujo que él trazaba en el sobre: un arco con una cruz encima, indicando gráficamente cuál era la cueva de su domicilio.

También dejaron huella los barberos del barrio, siendo pionero el Tío Antonio Soto, aunque la búsqueda de una vida mejor como padre de familia numerosa lo terminó empujando a emigrar a Francia. El testigo lo recogería entonces José Micol Merino, quien empezó estableciéndose en el ventorrillo de su tío Bartolo. Pepe “el Barbero” fue un hombre de múltiples oficios —cantero y arenero—, pero se le recuerda por su inmensa generosidad: al llegar de la cantera, pelaba gratis a los ancianos de los contornos, conociendo bien las carencias que asolaban a los más mayores.

Entre las mujeres está Carmen Soto Jiménez, figura clave y referente del folclore murciano. Nació en una de las cuevas del Pocico, hija de Luis y Maruja, regentando el ventorrillo familiar que tenían allí mismo y del que ya hemos hablado. Ostentó el apodo “Sota” hasta que se casó con Pedro Jiménez “el Perete” y ambos se trasladaron a Aljucer, donde fue rebautizada como “la Pereta”; pero en su papel de transmisora de cantes y bailes tradicionales siempre quedó impreso el legado sangonereño del que había bebido.

Si eran jotas y malagueñas lo que enseñaba Carmen “la Sota”, otra vecina, la Tía Rosenda hacía lo propio con la doctrina que impartía a los críos junto a la Cruz; además, vendía pipas y castañas en la puerta del cine de la plaza, siendo por ello una figura familiar para todos los niños de la época. Y podríamos mencionar también a Ana María Guirao, quien se ganó el apodo de “Zorrilla” el día que, con valentía y un palo, defendió sus gallinas de una zorra que había bajado de la sierra. Aquella hazaña quedó grabada en la memoria popular y crismó a su estirpe. Y es que en el taller también andamos investigando sobre los apodos locales y no son pocos los que tienen su germen en El Palmeral.

Devoción y jolgorio

De lo que no cabe duda es que el corazón espiritual del barrio es la Cruz. Erigida como un exvoto tras el cólera de 1885, ha sido epicentro de todas las celebraciones que han tenido lugar desde entonces. Su historia como elemento simbólico de El Palmeral es la cronología de la resiliencia de su vecindario: la que transita desde el poste de piedra que servía de sencillo pedestal a la primera Cruz, al gran edificio de ladrillo y hormigón que hoy la cobija, pero pasando también por aquella capilla intermedia que se levantó en los años setenta: pequeña de tamaño, pero ya soñada a lo grande.



Pedestal original con la Cruz y primera capilla edificada en El Palmeral

Cuentan que el hierro original del primer crucifijo fue expoliado en 1936 y convertido en una reja. En posguerra, se sustituyó por uno de madera tallado por el carpintero Juan Espín. Y estando ya muy deteriorado, en los cincuenta confeccionó uno de forja el herrero José Lorente "el Chulo el Curro" por encargo de dos personajes de recuerdo inmenso: Antonio Anierte "el Largo" y el ya citado Andresico Cánovas "el Chota", impulsores de las fiestas durante décadas. Esa última Cruz es la que actualmente preside el altar mayor de la ermita... y dicen que debajo, oculto tras la pared, aún se yergue aquel primer hito pétreo que se levantó, sobre el polvo y el silencio de unas cuevas asediadas por la enfermedad, ante el final milagroso de la epidemia.



Las fiestas eran, son y deben ser, más que nunca, un derroche de voluntad vecinal. Los mayores recuerdan ir a Mayayo en carros a por ramas de chopo blanco y palmas para engalanar el entorno, o el arreglo floral que se hacía con las macetas que prestaban las vecinas para que luciera bien bonito el pedestal o el altar de la ermita. Nos describen también las carreras de cintas que se organizaban, con las mozas encaramadas a los remolques como tribuna. Y los bailes, con la música popular siempre protagonista en los momentos distendidos de El Palmeral. Fue notable el cambio en los años setenta, cuando la Virgen de los Ángeles empezó a visitar el barrio y era colocaba bajo un entoldado por no haber entonces en la primera capilla.

El templo actual, edificado por el vecindario aportando los materiales y echando jornales a turnos, hasta para preparar los almuerzos de los trabajadores, fue levantado en 2003 sobre las galerías tabicadas de las primitivas cuevas. Emerge como un buque sobre un mar de recuerdos. Y es que todo un tesoro de memorias yace en las entrañas de El Palmeral, enterradas muchas bajo el polvo de los años, otras escondidas en los rincones del alma de quienes poblaron este enclave de Sangonera la Verde. Pero en nuestro taller observamos cómo poco a poco, van saliendo y se dan a conocer, contribuyendo a construir ese relato de una historia común que nos emociona y nos enorgullece.

Miembros del Taller de Historia de Sangonera la Verde. Gabriel Nicolás Vera (monitor)

Mayo de 2026